



ra los eruditos que se han esforzado para separar el personaje real del personaje fabuloso, y que, como Varron, han llegado hasta contar cuarenta y tres Hércules diferentes; tormento para los historiadores que no pueden con gran trabajo hacer la separación de la fábula y de la verdad.

Ahora bien: ¿de dónde ha provenido toda esta confusión? De una falsa asimilación. El Alcides de los antiguos tiempos se llamaba Hércules, *esplendor del día*, y por desgracia este epíteto se aplicaba al sol. El griego y el sol fueron un solo y único dios, gracias á los delirios astronómicos de Apolodoro y de los escritores de la época de los Ptolomeos. El paso del astro del día por los doce signos del Zodiaco, fué simbolizado en los doce trabajos del hijo de Alcmena, trabajos inventados por estos autores, de los cuales ninguno hasta ellos había hablado, y cuya adición en medio de la vida posible y probable del aventurero Alcides, es de una evidencia palpable; absurdos é inverosímiles son estos trabajos aisladamente y en su duración.

No se ha fijado bastante la atención en este fraude, y se han repetido estos exagerados cuentos; lo peor del caso es que se han mezclado los personajes de Hércules. Hubiera sido más sencillo y más verdadero, y quizá por esto no se ha hecho, recurrir á las antiguas fuentes, y se hubiera visto en Herodoto la dualidad de personas establecida perfectamente en Hércules. «Hércules es uno de los doce grandes dioses del Egipto, según se me ha asegurado.» Y más abajo: «En cuanto al otro Hércules, los griegos tomaron de los egipcios, y aquellos principalmente fueron los que dieron este nombre, al hijo de Anfition; en efecto, el padre y la madre de este Hércules, Anfition y Alcmena, eran originarios del Egipto; así los griegos, que levantaron dos templos á Hércules, me parece que obraron sabiamente. Ofrecen al uno, que llamaron Olímpico, sacrificios como á un inmortal, y hacen al otro ofrendas fúnebres como á un héroe.»

Hé aquí la tradición respecto al Hércules griego. Después, este «dios egipcio», como dice Herodoto, era adorado en otras partes también. La Fenicia, Tiro sobre todo, tenía una profunda

veneración á Hércules, el dios de la fuerza y del comercio, Melkarth; aquel es el genio de la marina. Dios de Canaan, es la imagen del pueblo que le adora; es el velo misterioso que envuelve y enseña los destinos de la nación. El Hércules tirio y sus viajes por el mundo occidental, ocultan al pueblo fenicio recorriendo las costas del mundo. Cada conquista, cada paso de Hércules, es una factoría de Tiro ó de Sidon. Cada victoria, cada colonia, es una victoria, una gloria de este gigante que dominaba el mundo antiguo, el gigante de la industria y del comercio, que sobre las naves de la Fenicia sujetaba el universo y le hacía tributario de su poder.

Tal es el tercer elemento de confusión que, unido á los dos primeros, ha embrollado la historia de Hércules; y esto es lo que ha hecho decir que este personaje no era más que un «coloso levantado entre la tierra y los cielos para llenar el espacio» (1).

Desprendido todo el brillo de la fábula, Hércules es tan real como Teseo, y se reduce á las humanas proporciones de su sucesor (2).

Al hijo de Egeo, al rey de Atenas, en efecto, estaba reservada la gloria de continuar el papel de Alcides. Desheredado como él y más desgraciado todavía, puesto que ignoraba el secreto de su origen, Teseo revela su gran valor por el suplicio de los bandidos Escines, Esciron y Procusto, y por la muerte del toro de Maraton. Era esto librar á los hombres y merecer su gratitud; después, reconocido por su padre, sofoca la rebelión de los Palantidas, y eleva á su más alto grado su renombre por su expedición contra la Creta. El tributo impuesto por Minos II á los corsarios atenienses, indignaba al generoso Teseo; se embarca con los jóvenes víctimas, va á atacar á Minos, triunfa de sus artificios, y sale vencedor del laberinto en que le había encerrado la perfidia del rey.

No contento con defender á su pueblo, Teseo, que acababa de suceder á su padre, quiso organizarle. Las instituciones cretenses le habían encantado, y trató de trasplantarlas al

(1) Barthelemy, *Viaje del joven Anacarsis*.

(2) Véase la *Disertación sobre Hércules*; Poirson, *Resumen*, pág. 155; Amadeo Thierry, *Intr. á la Hist. de los Galos*.



Ática. Pero, como un legislador hábil, supo amalgamar los tres elementos que componían la nación nueva. Valiéndose ya de la fuerza, ya de la persuasión, suprimió las salas de los consejos particulares en cada pueblo, reunió los senadores en un palacio común, y el pueblo en masa en los solemnes sacrificios de los panateneas. Al mismo tiempo dió nueva vida á la antigua división egipcia en tres castas, y dando todo á los nobles, á los eupátridas, los cargos públicos y el poder religioso y el judicial, templó su influencia aristocrática por medio del poder legislativo del pueblo, no reservando á la autoridad real más que el mando militar y la ejecución de las leyes.

En reconocimiento de su constitución, y quizá también en odio de las pasiones, principalmente por las represalias terribles que el rapto de Elena había atraído sobre su ciudad, fué arrojado de su reino por los palantidas y el pueblo, y fué á morir á Esciros (1290). Mnesteo, jefe de la familia rebelde, recogió sus despojos.

Heredero del valor de Alcides, Teseo había sucedido en sus grandes designios. La unidad que había establecido en su pequeño Estado, hubiera querido extenderla á la Grecia, y creyó de su deber para llegar al cumplimiento de su fin, ayudar las pretensiones de los hijos del héroe.

Euristeo proseguía su odio de familia contra los descendientes de su hermano, y había llegado á arrojarlos del Peloponeso. Acogidos y auxiliados por Teseo, los heráclidas fueron á reclamar el derecho de su padre; mataron á Euristeo y á sus hijos; pero la voluntad de los dioses se pronunció contra ellos: una peste y un oráculo les arrojaron del Peloponeso.

Bien pronto vuelven á reaparecer en él, pero es para ver á su jefe Helen muerto en un combate singular, y para jurar solemnemente que en cien años no volverán á pisar tierra en la isla de los Pelópidas: van á arrojar su vergüenza y su cólera entre los dorios.

La fortuna sonreía á los Pelópidas; era este el tiempo de su dominación. Atreo impuso á la península el nombre de Peloponeso. Sus hijos son dueños de Esparta, Tirinto, Sicionne,

Corinto, Micenas, en la Argólida, y hasta en el mar. Presto Agamemnon va á ser jefe de la Grecia, y su poder la reunirá en una fuerza de impulsión desconocida antes de él, y que no se volverá á encontrar después.

Pero antes de la gran guerra asiática tendrá lugar; esta es la guerra contra Tebas, contra los cadmeos, la guerra de los helenos contra la dinastía extranjera y asiática.

La familia maldita de Layo tenía entonces el cetro: sus infortunios hicieron verter largo tiempo lágrimas á los poetas hijos de la Helena. Agobiado por un funesto destino, el desgraciado Edipo se priva de la luz para expiar sus involuntarios crímenes. La implacable venganza de los dioses le persigue; arrojado por sus hijos, repelido como un maldito por las ciudades que gobernó, arrastra por la Grecia su lamentable vida, no obteniendo socorro de ningún género, sino en la piedad de su hija Antigone, la única creación verdaderamente santa y conmovedora del genio antiguo. La hospitalidad de Teseo acoge, en fin, á este rey destronado, anciano, rechazado de la tierra y de los cielos, y muere en Colonne bajo los golpes del implacable y funesto destino: triste lección de la fatalidad, tan aplaudida por los sabios de la antigüedad!

Después de haber arrojado á su padre, sus dos hijos Eteodes y Polinice se disputan el poder. En la primera parte de la guerra, el derecho, si es que allí no había uno para los hijos parricidas, á pesar del auxilio de poderosos Estados, sucumbe con Polinice. Los siete héroes perecen, y sus soldados, tendidos en el campo, hubiesen quedado insepultos, si Teseo no se hubiera impuesto este imperioso deber.

Habían, sin embargo, dejado vengadores. Los «epigones», hijos de los siete jefes, derrotan á los cadmeos en Glisa, toman y saquean la ciudad de Tebas, muriendo Laodamas, general de los tebanos, después de una vigorosa defensa; sus habitantes abandonaron la ciudad, para refugiarse en las selvas de la Iliria y de la Tesalia, por consejo de Tiresias. Los epigones devastaron la ciudad. Los antiguos minios de Orcomene se regocijaron al ver á sus enemigos destrozarse entre sí, y su poder se hace



más formidable, en tales términos, que Homero no tiene bastantes alabanzas para su magnífica ciudad.

De repente resonó una gran nueva en la Grecia. Los poderosos atridas llamaron á las armas á todos los hijos de la Helenia; Alejandro París, hijo de Priamo, rey de Troya, violó la más santa de las virtudes del antiguo mundo, la hospitalidad; robó la esposa de Menelao, hija de Tindaro. Un grito de venganza sonó en el palacio de Esparta; esta es una guerra de exterminio, de pillaje, de venganza; es el Occidente contra el Oriente, helenos contra pelagosos.

Los antiguos instintos, las viejas animosidades resucitan. Cincuenta y siete Estados se levantan, 1186 naves, más de cien mil hombres se apresuran á embarcarse en el puerto de Aulida en Beocia. La sangre de una virgen real, Ifigenia, hija de Agamemnon, sacrificada por éste, consagra la expedición, y parten. Pero los destinos se balancean, y diez años de peligros, de combates, fatigan al ejército helénico, y siempre los troyanos desde lo alto de sus muros rechazan sobre la costa á los griegos destrózos.

El Asia entera estaba conmovida en esta contienda; toda la tierra pelágica había enviado á las murallas de la ciudad reina sus soldados y sus tesoros; los «hijos de la aurora» también, los príncipes de Babel se habían asociado á esta lucha de los dos mundos, y frecuentemente el valeroso Hector llevó el hierro y el fuego en medio de las naves enemigas. Todo huía ante él, porque el fogoso Aquiles estaba encerrado en su tienda, llorando sus afrentas. Muchos héroes habían perecido; el hijo de Priamo, el hijo de Peleo, sucumben uno en pos de otro. Fué necesario la traición, la perfidia y el famoso caballo de madera, para entrar los griegos en la plaza.

Entonces tiene lugar una horrible carnicería y un vasto incendio; en la embriaguez de la victoria, y á favor de la noche, los griegos dan rienda suelta á su furor, acumulado durante diez años. Se bañan en la sangre de las vícti-

mas, roban, saquean, incendian la ciudad entera.

Todos los hijos de Priamo son degollados; aun el anciano que la cólera de Aquiles había respetado, es asesinado al pié de los altares. Hartos de botín y saciados de matanza, los vencedores arrojan hácia sus naves ejércitos de esclavos, y se vuelven á poner en marcha (1270) (1).

Pero toda esta sangre vertida recayó sobre su cabeza. La cólera del cielo les persiguió en el mar; la tempestad destrózó su rumbo, ó si llegan á volver á poseer sus reinos, es para ser asesinados por mujeres adúlteras y príncipes usurpadores, ó para ser arrojados por sus pueblos; en tales términos, que de todos los vencedores del Asia, los más felices son los que pudieron arribar á alguna desconocida playa de Italia, de la Sicilia.

La destrucción de los pelagosos estaba, sin embargo, consumada; los descendientes de Asaraco, hermano de Ilo, permanecieron todavía algun tiempo en Asia y formaron al pié del Ida un pequeño reino, que subsistió durante algunos años. Pero su poder murió para siempre.

El gran acontecimiento de la guerra de Troya, cantado por los dos más grandes poetas de la antigüedad, es, pues, uno de los hechos capitales de esta época. La Grecia y el Asia se reúnen como en un centro; este hecho es el límite entre los tiempos heroicos, es la última agonía de los infortunados habitantes del Occidente.

Colocado en la cumbre del monte Ida, Júpiter había arrojado en la balanza los destinos de las dos razas; el plato de los pelagosos se había encontrado el más ligero; la nación agonizante se arroja al mar, y va como sus vencedores á buscar en Italia un refugio; ella hará renacer allí una nueva raza que exigirá venganza en lo porvenir.

(1) Tal es la narración de los griegos Homero, Herodoto y todos los que les siguieron. No ignoramos que los asiáticos han reclamado contra esta pretensión y se han apoyado en las palabras de Helánico, historiador anterior á Herodoto, y en las tradiciones del país. Véanse las autoridades en sentido contrario, y especialmente á Dion Crisóstomo, *De Excidio Trojæ*; á Vico, *Connop-Thirlwall*, etc.

CAPÍTULO VIII

Invasión dórica.—Esparta y Atenas.—Lidia.—Consecuencias de la guerra de Troya.—Invasión dórica.—La Grecia Central.—Efectos de la invasión.—El Asia Menor.—Los eolios en las islas.—Los jonios en la costa.—Gloria de la Jonia.—La Magna Grecia.—Carácter de la conquista dórica.—Triunfo de la oligarquía.—Esparta y Licurgo.

Después de esta gran conmoción, tiembla por largo tiempo el suelo en Grecia y en Asia; violentas sacudidas le estremecen, como dice Veleyo Patérculo. Los primeros movimientos retumbaron en la Helade y se prolongaron desde el Asia hasta Italia. Todo anuncia la tercera época que se prepara; la historia va á trasladarse á estas dos últimas comarcas, porque toda la Grecia no tardó en emigrar allí.

Ya Evandro y los arcadios se establecieron en las orillas del Tíber; Diómedes ha fundado á Argos Hippium; los mesenios, á Metaponte; Filoctetes, á Petilia; Idomeneo, á Salento. Estos son los primeros fugitivos de Troya, y por ellos se cumplió en los pelagosos de Italia el decreto ejecutado por sus padres sobre los de la Grecia.

La unidad que los Pelópidas conquistaron, se rompe á la vuelta de Troya. Orestes, sin duda, vengador de su padre, quiere continuar su dominación, y consigue retener bajo su ley todo el Peloponeso. Mas hé aquí que, bajo su hijo, vienen los dorios y los heráclidas. La raza helénica va á dominar sola en Grecia.

Unidos por la ambición y el interés, los bárbaros y los hijos de Alcides descienden de regiones montuosas, adonde les habían arrojado sus enemigos; se apoderan de la Hemonia, imponiéndole el nombre de Tesalia, mientras que los cadmeos, que volvieron á entrar en Tebas, arruinan la ciudad rival, Orcomene, el último Estado pelágico del centro.

Dos veces rechazados los heráclidas, á pesar

de sus juramentos y á pesar de sus derrotas, parten con los dorios de la Driópida y se arrojan sobre la isla de Pelope. Toda esta población de pelagosos, egipcios, aqueos, frigios, estaba aparentemente fundida; su reunión no estaba cimentada; al primer ruido de la conquista se deshace. La invasión fué casi un juego. Los heráclidas marchan inmediatamente al centro; el hijo de Orestes, Tisameno, el representante del poder de los Pelópidas, es destronado; todo lo demás se somete.

Los vencedores se dividen el botín; sus hijos dan término á su obra. No hubo más que helenos en el Peloponeso, cuyo nombre subsiste como trofeo de victoria.

Faltaba la Grecia Central, donde el nombre helénico dominaba con dificultad. Los vencidos del Peloponeso completaron la transformación; los eolios de Mesenia pasaron al Atica, donde Codro se sentó sobre el trono de Teseo. Los aqueos de Pelope se arrojan sobre el Egiolo, echando á los jonios que invaden el Atica, y se mezclan con los eolios que acababan de llegar. Esta mezcla de vencidos formó el famoso pueblo de Atenas.

Sin embargo, los dorios querían continuar sus invasiones. Se presentan á las puertas del Atica; Codro se sacrifica; espantados los dorios, huyen y abandonan sus proyectos.

La conquista helénica estaba terminada por los rudos hijos de Dorus; á sus golpes fueron derribados todos los poderes indígenas ó exóticos. El nivel de la barbarie pasó sobre todas